

DESCRIPCIONES Y VIAJES

CAPÍTULO XIV

Representación del diluvio

434. El aire será oscuro a causa de la espesa lluvia cayendo oblicuamente, bajo la presión transversal del viento y formando olas en el aire, como las que se ven en las polvaredas, con la diferencia de que esta inundación estará atravesada por las líneas que formen las gotas del agua al caer.

Su color provendrá del fuego engendrado por el rayo, hendiendo y desgarrando las nubes, cuyas llamas golpearán y abrirán los valles repletos, cuyas aberturas mostrarán en sus refugios la parte alta de las plantas y de los árboles curvados bajo la fuerza del viento.

Y a Neptuno se lo verá en medio de las aguas con su tridente y también a Eolo con sus vientos, arrastrando las plantas arrancadas y flotando en la enorme corriente.

El horizonte, con todo el hemisferio, estará sacudido y en llamas por el fuego incesante de los rayos. Se verá a los hombres y a los pájaros llenar los grandes árboles todavía no cubiertos por la creciente de las aguas, a otros sobre las colinas y a otros alrededor de los grandes abismos. (G. 6, v.).

Manera de representar una batalla.

435. Harás primero el humo de la artillería mezclado en el aire con el polvo levantado por la acción de los jinetes y los combatientes. Así te valdrás de esta mezcla: el polvo, que es cosa terrestre y ponderable, aunque por su ligereza se levante fácilmente y se mezcle con el aire, no cae con facilidad al suelo y su alta elevación tiene lugar por su parte más liviana, la que se ve menos y que casi se confunde con la coloración del aire. El humo que se mezcla con el aire se carga de polvo, tanto más desde que se eleva a cierta altura y entonces parece una nube oscura; el humo llega a lo alto antes que el polvo.

El humo tomará un color un poco azulado, y el polvo el mismo de la tierra; los combatientes se verán tanto menos y tantas menos diferencias se verán entre sus luces y sus sombras, cuanto más envueltos estén en ese aire agitado.

Harás enrojecer las nubes y las personas y el aire y los fusileros junto con todo lo que les esté próximo, y este color rojo irá disminuyendo a medida que se aleje de su causa. Las figuras, si están entre tú y la luz, serán menos visibles cuanto más próximas estén del suelo, porque abajo, el polvo, es más espeso y más denso.

Si representas los caballos que huyen fuera del entrevero, hazles pequeñas nubes de polvo, distando la una de la otra el espacio de un salto de caballo. Y estas pequeñas nubecitas se verán menos cuanto más alejadas estén del caballo, y entonces haz que sean más altas, esparcidas y pequeñas.

El aire estará lleno de flechas de diversos géneros, que suben, que descienden y, que vuelan en línea horizontal; y que los tiros de fusil estén acompañados de un poco de humo directamente proyectado hacia el blanco.

Las figuras del primer plano las harás polvorientas, las cabelleras, las cejas y otras partes lisas, propias a retener el polvo.

Harás a los vencedores corriendo con los penachos y otros adornos livianos flotando al viento, con los párpados bajos y lanzando hacia adelante los miembros opuestos. A saber: uno adelantará el pie derecho, mientras su brazo derecho cuelga fatigado. También habrá caídas, entonces harás la huella del resbalón en el polvo que se habrá convertido en un barro

ensangrentado; y alrededor harás, sobre la tierra mojada, los rastros supuestos de hombres y de caballos que pasaron por allí. (ASH. 1. 30, v.).

Cómo se debe representar una tempestad.

436. Si quieres representar bien una tempestad, considera y plantea primero estos efectos: cuando el viento sopla sobre la superficie del mar y de la tierra, agita y arrastra con él todo lo que no resiste a su universal marea.

Y para bien representar esta tempestad, harás primero las nubes rotas y en desorden empujadas por la corriente del viento, acompañadas de una bruma terrosa salida del lecho marino y de los ramajes y de las hojas arrancadas por el furor del viento, esparcidas en el aire con muchos otros objetos livianos.

Los árboles y las hierbas dobladas hasta tierra, como para demostrar que quieren seguir la corriente del viento, con ramas llevadas lejos de su lugar natural y muchas hojas dispersas.

Los hombres que allí se hallen, unos caídos y revueltos entre sus ropas y el polvo, casi irreconocibles, y los que quedaron de pie, abrazados a algún árbol para que no se los lleve el viento. Otros con las manos sobre los ojos a causa del polvo, inclinados hacia tierra, con los vestidos y los cabellos proyectados en el sentido del viento.

El mar, agitado, estará lleno de olas espumosas. Los navíos, unos con las velas desgarradas cuyos jirones baten al viento con las cuerdas rotas. Algunos árboles quebrados y caídos con el navío tomado de través y destrozado entre las impetuosas aguas, algunos hombres gritando, prendidos de algún resto del navío.

Harás las nubes esparcidas por la impetuosidad del viento y batidas en las altas cimas de los montes en confusos torbellinos, como hacen las olas cuando baten contra las rocas.

El aire espantoso por la oscuridad, por el polvo, las nubes y la densa bruma. (ASH. 1, 21, r.).

De la manera de representar la noche.

437. Esta escena enteramente privada de luz, es toda de tinieblas. Estando la noche en semejante estado, si quieres figurar en ella una escena, comenzarás por poner un gran fuego. Los que están más cerca del fuego se tiñen el rostro con su color, porque cuanto más cerca está la cosa de su objeto tanto más participa de su naturaleza. Y haciendo que el fuego tienda hacia el color rojo, harás todas las cosas iluminadas por ese color rojizo, y las situadas más distantes del fuego participarán en mayor grado del color pardo de la noche.

Las figuras que se encuentren entre tú y el fuego aparecerán oscuras en la oscuridad de la noche y no iluminadas por el fuego; las que se encuentren a los costados serán mitad oscuras, mitad rojizas; y las que se puedan ver detrás de las llamas estarán plenamente iluminadas de luz roja sobre fondo negro.

En cuanto a las actitudes, harás que los que se encuentren cerca del fuego se cubran con sus enanos y con sus mantos para evitar el excesivo calor. Mostrarás curvados, con el rostro vuelto para huir, a los más lejanos; conseguirás un gran efecto levantándoles las manos como para proteger sus ojos heridos por el excesivo resplandor (ASH. 1. 18, v.).

La isla de Chipre.

438. En la proximidad meridional de Sicilia se ve, al mediodía, la bella isla de Chipre que fue reino de la diosa Venus. Muchos atraídos por su belleza vieron sus naves y aparejos destrozados en medio de los escollos rodeados por un mar vertiginoso.

La belleza de la suave colina invita a los vagabundos navíos a recrearse en medio de sus floridas frondas, porque esos vientos traidores llenan la isla, y el mar que la baña, de suaves aromas.

¡Oh! ¡Cuántos navíos fueron sumergidos! ¡Oh! ¡Cuántas naves rotas contra sus escollos! Allí pueden verse innumerables navíos que yacen abandonados y medio cubiertos por la arena. Aquí se ve una proa, allí una popa, más allá su carena; éste se reclina sobre la borda de aquel otro y todo esto recuerda a un juicio final que deberá resucitar los navíos muertos, tan grande es el número de los que cubren la costa septentrional.

Allí soplan los vientos de aquilón y producen un imprevisto y temeroso ruido. (R. 417).

Una ascensión al monte rosa.

439. Afirmando que el azul que muestra el aire no es su propio color y que éste es causado por la humedad cálida, evaporada en átomos minúsculos e imperceptibles; y esta humedad cálida, recibe de inmediato el impacto de los rayos solares que la vuelven luminosa bajo la oscuridad de las inmensas tinieblas de la región del fuego que por encima le sirve de techo.

Esto se verá, como yo lo vi, si se va sobre el monte Rosa, cumbre de los Alpes que separa a Francia de Italia. Esta montaña, en su base, da nacimiento a cuatro ríos que riegan por cuatro direcciones contrarias a toda Europa. Y ninguna otra montaña tiene su base a semejante altura. Se eleva a tal altitud que sobrepasa todas las nubes y muy raramente cae en ella la nieve, sino solamente el granizo que permanece cuando las nubes se encuentran en su altura mayor. Y este granizo se conserva de tal manera, que si no fuera por lo raro y escaso de su caída y de la ascensión de las nubes, que acaso no pasa de dos veces cada verano, constituiría la más grande cantidad de hielo producido por las capas de granizo que al promediar julio son muy considerables.

Y he visto al aire por encima de mí, oscuro y tenebroso, en tanto que el sol que hería la montaña era más luminoso que en las grandes llanuras, porque un espesor menor de aire se interponía entre la cima del monte y el sol. (R. 300).